

Barbara Potthast/Sandra Carreras

Introducción. Niños y jóvenes entre la familia, la sociedad y el Estado

América Latina es un continente eminentemente joven, donde casi la mitad de la población tiene menos de 18 años. Mientras que en la “vieja Europa” crece la preocupación por la disminución de las tasas de natalidad y las consecuencias socio-económicas que esto provoca, en los países menos desarrollados lo que llama la atención son más bien los niños que viven en la pobreza y los muchos jóvenes y adolescentes sin perspectivas de encontrar trabajo y alcanzar una posición respetada en la sociedad. En los últimos años se observa también un creciente interés por la infancia y la juventud en los campos de la investigación científica, la política y la asistencia social, que se concentra sobre todo en el problema del abandono y de los menores criminales. Existe, por lo tanto, una abundante bibliografía sobre la situación actual de los niños de la calle o niños delincuentes en los diferentes países y sobre el trabajo infantil.¹

Sin embargo, faltan aún estudios generales sobre la infancia y la juventud en América Latina. Las investigaciones sobre los siglos pasados son aún más escasas. Lo poco que sabemos proviene sobre todo de los estudios sobre la familia y la vida privada. Existen algunas compilaciones sobre estos temas en perspectiva histórica, en las que se tratan aspectos vinculados con la infancia y en menor grado con la juventud, pero en estos trabajos los niños y los jóvenes no interesan mucho en cuanto sujetos, sino sólo en la medida en que representan un aporte o un problema para las madres, las familias o la sociedad en general.² En el caso de la historia, el tema del niño y del adolescente aparece solamente al margen y sobre todo en estudios dedicados a la

1 Véanse entre otros Bartell/O'Donnell (2001); García Méndez/Bianchi (1991); García Méndez/Salazar (1999); Post (2001).

2 Véanse por ejemplo Castro Carvajal (1996); Devoto/Madero (1999); Cicerchia (1998/2001); Gonzalbo (1991); Gonzalbo/Rabell (1994); Novais (1997/98).

educación o la beneficencia.³ No se cuenta aún con una obra de síntesis dedicada exclusivamente al tema para el caso de América Latina, como las que existen, por ejemplo, para Europa o Estados Unidos, aunque sí hay algunos trabajos de ese tipo para el caso de Brasil.⁴ Las compilaciones que pueden considerarse como un primer paso hacia una visión general son todavía escasas. Como escribió el editor de una de ellas: “Children are as scarce in contemporary writing about Latin America as women were three or four decades ago” (Hecht 2002: 243).

La preocupación por los jóvenes derivada de su importancia para el futuro de la nación no es nueva y se expresó de variadas formas en diversas coyunturas históricas. En el caso de América Latina, durante la época colonial se destacan en ese sentido el siglo XVI, cuando los niños indígenas eran el objeto predilecto de la misión cristiana, y el siglo XVIII, cuando la Corona comenzó a preocuparse por el número crecido de niños expósitos.⁵ Pero fue sobre todo alrededor de 1900 cuando se manifestó un fuerte interés por este tema. El *fin de siècle*, una época de profundas transformaciones, estuvo marcado en muchos países latinoamericanos por graves desajustes sociales, en respuesta a los cuales se establecieron programas de asistencia y bienestar social, así como reformas educacionales y jurídicas que se dirigían y/o afectaban especialmente a los niños y los jóvenes.

Pero el enfoque de hace cien años difiere del actual: mientras que entonces se veía a los niños exclusivamente como “menores”, y por lo tanto necesitados de protección y educación, ahora se repara también en su capacidad de acción para afrontar situaciones difíciles y se alzan voces que hacen hincapié en su carácter de personas independientes con derechos propios. Esto revela que las nociones de infancia y juventud están cambiando. Ya sabemos que estas categorías son construcciones culturales sometidas a un cambio constante y variable según las culturas y épocas. Precisamente por esto, un análisis de tales nociones nos ofrece también información acerca de las sociedades a las que se refiere y nos revela problemas que las perspectivas tradicio-

3 Véanse Arrom (2000); Ávila Espinosa (1994); Vázquez (1975); Vaughan (1982); Szuchman (1990).

4 Freitas (1997); Marcílio (1998a).

5 Estas cuestiones han sido tratadas por Lavrin (1991); Marcílio (1994); González (2002) y Premo (2002).

nales no permitían ver, como por ejemplo la existencia de conflictos generacionales y de poder dentro de la familia o problemas de identidad individual o colectiva.

Las relaciones entre el Estado y la familia en América Latina siempre han estado caracterizadas por cierta tensión entre la patria potestad, que regía la familia desde la época colonial, y la pretensión del Estado de ejercer el monopolio en asuntos judiciales y en cuanto al uso de la violencia. No obstante, el fortalecimiento del Estado y la diversificación de sus funciones llevaron a una paulatina perforación de la frontera entre la autonomía familiar y las políticas sociales. Incluso hoy en día, la cuestión de dónde termina la esfera privada protegida contra cualquier interferencia de las autoridades estatales y dónde empiezan las relaciones familiares es un asunto de gran importancia social y estatal, lo cual se pone en evidencia no sólo en los debates sobre la penalización de la violación dentro del matrimonio, sino también en casos en que los padres niegan un tratamiento médico a sus hijos por razones culturales o religiosas: ¿puede o debe el Estado intervenir para salvar la vida del niño o debe respetar las convicciones éticas de los padres?

Durante la época colonial, la autonomía familiar y sobre todo la autoridad paterna eran consideradas primordiales e intocables. Solamente los casos de violencia grave provocaban reacciones estatales; el resto era considerado como un asunto privado o un problema religioso. En el siglo XIX, con la fundación de las repúblicas y la separación entre la Iglesia y el Estado, éste se vio forzado a reconsiderar algunas posiciones referentes a instituciones como el matrimonio, el divorcio o los nacimientos dentro y fuera del matrimonio. El positivismo científico, las reformas educativas —que en parte también fueron una consecuencia de la secularización— y las nuevas perspectivas sobre los problemas de salud elaboradas por los higienistas y la eugenesia, fueron todos factores que provocaron un cambio profundo en la relación entre la familia y el Estado. Políticos, médicos e higienistas descubrieron no sólo la importante función de las madres para el bienestar social, sino que poco a poco comenzaron a ver también un objeto de preocupación social y estatal en los niños y los jóvenes. A partir de entonces, el Estado intervino cada vez más en asuntos que hasta ese momento habían sido considerados de naturaleza estrictamente familiar.

Pero también el romanticismo y los cambios sociales del siglo XIX contribuyeron a difundir una nueva noción de la infancia y la juventud, las cuales dejaron de ser concebidas como meras etapas previas a la vida adulta para adquirir peso propio. En la línea inaugurada por Rousseau y que marcó la evolución del pensamiento europeo sobre la infancia en los siglos XIX y XX, los niños aparecían como seres inocentes, todavía no contaminados por ambiciones y prejuicios sociales. En América Latina, sin embargo, las investigaciones disponibles muestran que la influencia de Rousseau no se hizo sentir en el modo de pensar e imaginar la infancia hasta casi finales del siglo XIX.⁶

Fue también en esta época, más o menos, cuando la niñez y la juventud fueron reconocidas en América Latina como una fase propia en el desarrollo de los seres humanos. Los testimonios de las épocas anteriores transmiten la sensación de que a la infancia –“propia y rigurosamente [...] la primera edad del hombre, mientras no habla, aunque algunos la extienden hasta la juventud”, como consigna el Diccionario de la Lengua Castellana publicado por la Real Academia Española en 1734– no se le adjudicaba otro sentido que el de preparación para la vida adulta. Si bien el vocablo “niños de pecho” se aplicaba sólo a los que eran amantados, que seguramente no superarían los dos años de edad, el uso de las demás expresiones vinculadas a la niñez era ambiguo. “Párvulo” se refería, según el Diccionario, al “niño inocente” y metafóricamente a quien “sabe poco y es fácil de engañar”, y en la práctica se aplicaba a niños de hasta nueve años aproximadamente. De acuerdo con *Las Siete Partidas*, los niños menores de diez años y medio no podían ser castigados por los tribunales, pues se consideraba que carecían de malicia. Los autores de crímenes que tenían entre diez años y medio y diecisiete sí debían responder ante los tribunales pero no se les aplicaban los mismos castigos que a los mayores, pues esta etapa era vista como un estado intermedio en el cual las personas comenzaban a distinguir lo bueno de lo malo pero aún no eran del todo conscientes de la moralidad de sus actos. Los jóvenes de diecisiete a veinticinco años eran todavía menores y por eso se les adjudicaba un defensor especial ante la corte, pero la pena que se establecía en caso

6 Molloy (1996); véase también Roldán Vera en este volumen.

de probarse su culpabilidad no difería de la que merecían los mayores (Premo 2002: 116-119).

En la práctica, las fronteras establecidas en la época colonial entre las edades eran aún más fluctuantes. Existen documentos del Río de la Plata en los que se designa como “muchachos” a varones de cinco o seis años de edad, y como “jóvenes” a los de nueve o diez, a pesar de que el Diccionario consideraba que la “edad de joven” comenzaba a los catorce años y llegaba a los veinte. Las sentencias de las causas criminales desarrolladas ante el Cabildo de Lima en el siglo XVIII demuestran que el significado otorgado a la edad, la que por lo demás no siempre podía determinarse con exactitud, dependía menos de lo que establecía la legislación española que de una combinación compleja de factores, entre los cuales sobresalían el sexo de los individuos y la posición que ocupaban en la jerarquía socio-racial. Así era posible que un joven indígena gozara de los beneficios de una “doble minoridad”, un esclavo negro fuera devuelto a su amo para que éste lo castigase, un “casta” sentenciado a cumplir durante años trabajos no remunerados para la Corona y un “español” colocado en un hogar de la ciudad.⁷

En el último tercio del siglo XIX, la terminología se hizo más precisa, tanto en los códigos legales como en el uso cotidiano. Sólo los “mayores de edad” podían disponer sobre sí mismos y el “niño” pasó a ser visto como un ser diferente de los adultos, con derechos y deberes propios, al que se le vedaban determinadas esferas de la vida social y se le adjudicaban otras con exclusividad, como la escuela y los juegos. También la “adolescencia”, o más precisamente el despertar sexual asociado con ella, mereció a partir de entonces una atención y una vigilancia especiales.⁸

La visión rousseauiana de la infancia inocente contrasta con la visión estatal articulada en documentos oficiales y en el discurso público desde finales del siglo XIX, centrada en la figura del niño problemático. Tanto las leyes nacionales como las convenciones internacionales sobre el tema y las concepciones que las fundan tratan sobre todo de los niños y jóvenes delincuentes, abandonados y/o enfermos, a los que ubican casi exclusivamente en las clases populares. Los niños

7 Cfr. Moreno (2004: 66-75) y Premo (2002).

8 Al respecto véase por ejemplo Barrán (1990: 187-206).

inocentes, felices y bien cuidados física y mentalmente no parecen provocar la intervención estatal o social, ni el interés de los investigadores. Llama la atención que tanto en otras épocas históricas como en la actualidad, casi todos los estudios se dedican a menores “problemáticos”, sobre todo de las clases inferiores o grupos marginados, mientras que los hijos de la elite, que presumiblemente serán los dirigentes futuros, permanecen desapercibidos (Hecht 2002: 244-247).

Por eso y pese a todos los cambios no puede negarse que en las legislaciones modernas perviven prejuicios tradicionales acerca de los niños y los jóvenes, y que sigue vigente la idea de la familia como entidad armónica y corporativa en la que el Estado sólo puede intervenir en casos graves y excepcionales que ponen en peligro el orden social. Sin embargo, la legislación y sobre todo la praxis social evidencian que la finalidad de estas intervenciones suele ser menos la protección del joven o del niño que la del honor familiar o de las prerrogativas estatales.

En vistas de esta situación, este libro se propone indagar en las relaciones entre la familia, la sociedad y el Estado establecidas en América Latina a partir de la fundación de los Estados independientes y los cambios por los que atravesaron hasta hoy. No nos hemos propuesto abordar el tema de la niñez y juventud desde la perspectiva del origen y la transformación de dichos conceptos, sino en su intersección con cuestiones políticas y culturales específicas.

En primer término se trata un fenómeno especialmente triste de la historia de los niños que continuaba vigente en los países latinoamericanos a comienzos del siglo XIX y que aún hoy subsiste en otras regiones del mundo: la esclavitud infantil. Si bien el tráfico de niños esclavos era por cierto de menor volumen que el de adultos, en algunos aspectos era más cruel. Como nos recuerda **Ivette Pérez Vega**, muchos niños esclavos eran adquiridos precisamente porque era más fácil desarraigarlos de su cultura africana y assimilarlos al sistema esclavista. Eran también más fáciles de explotar, sobre todo si eran vendidos sin sus madres, porque su desprotección y, por ende, la posibilidad de control por parte de los esclavistas eran totales. Por eso, se compraban niños no solamente como una inversión en su futura capacidad de trabajo sino también para satisfacer placeres y lujos personales en la casa. Pérez Vega indaga la lógica de la compra-venta en África y América, la vida de estos esclavos menores y las posibilida-

des que tenían de alcanzar la libertad. En la época de transición, es decir después de que en 1808 se prohibiera el tráfico de esclavos en Estados Unidos y en varias naciones europeas pero no en los países ibéricos y latinoamericanos, el número de niños vendidos aumentó. Entre 1819 y 1830, el porcentaje de introducción legal de esclavos menores de edad en Ponce, Puerto Rico, era de un 10%, sin contar los niños esclavos criollos ya existentes en la isla, es decir que en esa época, probablemente un cuarto o más de los esclavos que vivían en la isla y en otras regiones esclavistas de América Latina eran menores de edad.

Si bien en Latinoamérica la independencia de las metrópolis no condujo inmediatamente a la abolición de la esclavitud ni de la estructura social establecida, la quiebra del orden colonial desembocó en una reforma de las relaciones políticas y, en menor medida, de las sociales. Muchos Estados latinoamericanos buscaron implementar un nuevo sistema de educación escolar, ya que el antiguo estaba fuertemente ligado a la Iglesia Católica y era considerado por muchos como incompatible con los nuevos ideales de libertad republicana. Además, la incipiente modernización e industrialización demandaban la inclusión de círculos más amplios de la sociedad en el sistema escolar. El método lancasteriano de enseñanza mutua parecía el instrumento más idóneo para este fin y fue adoptado por casi todos los países latinoamericanos durante la primera mitad del siglo XIX, aunque con intensidad y duración variable. **Eugenia Roldán Vera** muestra que este método fue elegido no sólo porque permitía la enseñanza masiva sin grandes recursos, sino porque además podía transmitir el nuevo ideal ciudadano de derechos y deberes a cada individuo y, por consiguiente, parecía excelente para el entrenamiento de las nuevas generaciones en la vida política representativa. Por otro lado, según la opinión de algunos críticos contemporáneos, el hecho de que el niño enseñante ocupara un puesto de autoridad ponía en peligro la jerarquía social y política. Desde la perspectiva actual, no obstante, irrita la mecanización y reglamentación detallada de este método de aprendizaje que reforzaba estructuras de jerarquía y obediencia.

Esta visión de los niños y adolescentes como materia prima de la cual surgirían nuevos ciudadanos moldeados exclusivamente en el ámbito escolar contrasta notablemente con la variedad de tareas que muchos de ellos asumieron voluntaria u obligadamente en distintas oca-

siones y sobre todo en situaciones críticas. Un ejemplo muy destacado es el de los niños-soldados, otro fenómeno que sigue registrándose en distintas partes del mundo, y que aquí es estudiado por **Barbara Potthast** en el contexto de la Guerra de la Triple Alianza. Si bien la presencia de mujeres y niños de todas las edades no era nada extraordinario en los campamentos militares del siglo XIX, el estallido de la guerra conllevó un reclutamiento masivo de jóvenes y niños para servir en el ejército paraguayo. También los menores que permanecieron entre la población civil sufrieron graves trastornos por la guerra. Dado que los hombres fueron movilizados, las mujeres y los niños debieron hacerse cargo de la producción agrícola en medio de penurias cada vez mayores. Al terminar la guerra, las calles de Asunción estaban llenas de niños extraviados y de mujeres con criaturas famélicas, quienes además tenían que soportar las arbitrariedades de las tropas de ocupación. Los testimonios contemporáneos acerca del valor demostrado por estos niños están teñidos, de una u otra forma, por un discurso político sobre el carácter del pueblo paraguayo y el gobierno de López. Por otra parte, tampoco resulta completamente satisfactoria una lectura que subraye exclusivamente su carácter de víctimas inocentes. El problema reside precisamente en cómo dar cuenta de sus acciones y actitudes en medio de las terribles circunstancias en las que les tocó vivir sin negar por eso su condición de actores conscientes.

También en tiempos de paz, la organización política de las repúblicas americanas estuvo estrechamente entrelazada con el reordenamiento de las relaciones familiares y afectó, por lo tanto, la situación de los menores de ambos sexos. En el marco del enfrentamiento entre el Estado liberal emergente y la Iglesia Católica por el control de la sociedad civil, **Carmen Ramos Escandón** analiza la creciente injerencia del poder público en el ámbito privado por excelencia: la familia. Esto se expresó, entre otras cosas, en las disposiciones de los códigos civiles sancionados en México en la segunda mitad del siglo XIX. En ellos se establece y refuerza una jerarquía familiar basada en las diferencias de género y de edad, que se pone en evidencia especialmente en las estipulaciones sobre la patria potestad, es decir el derecho del padre a controlar a los hijos legítimos y legitimados, administrar sus propiedades e incluso castigarlos. La legislación civil “liberal” les impuso a los hijos sometidos a la patria potestad limitaciones a sus derechos similares a las que padecían las mujeres casadas,

quienes no podían disponer de sus propios bienes sin autorización del marido. Una novedad considerada entonces muy positiva fue que, fallecido el marido, la patria potestad recaería en la madre. Sin embargo, su ejercicio por parte de las mujeres quedaba limitado por el hecho de que el padre podía nombrar en su testamento a uno o más consultores varones cuya opinión prevalecería sobre la voluntad de la viuda en caso de conflicto, como demuestran también diferentes sentencias que aseguraron el poder del padre sobre sus hijos más allá de la muerte. Con la introducción de los códigos civiles, el sacerdote dejó de tener la última palabra para dirimir los conflictos familiares, en tanto que el Estado, avanzando sobre el espacio privado a través de la legislación y su capacidad coercitiva, sometió a la potestad paterna a las mujeres, los niños y los jóvenes.

Las épocas de modernización socio-económica son, muchas veces, momentos de crisis sociales. En los años finales del siglo XIX, los cambios estructurales y sus consecuencias sociales llevaron a grupos políticos y sociales a preocuparse por las generaciones futuras. Los niños abandonados o trabajadores en las calles fueron vistos hace un siglo como un indicador inequívoco de la crisis económica y de la destrucción de las familias tradicionales, y considerados por eso como un peligro social. Sobre todo en las grandes ciudades que experimentaban un crecimiento acelerado, los niños (y sus madres) empezaron a preocupar seriamente al Estado y a las elites dirigentes y a ocupar un lugar importante en la política y el discurso público. **Sandra Carreras** muestra cómo entre 1870 y 1920 las altas tasas de abandono y mortalidad infantil alarmaron en Argentina a médicos, higienistas y políticos. Estos grupos intentaron, en consonancia con las teorías científicas de la época, remediar tal situación mediante leyes protectoras para niños y madres, así como a través de programas e instituciones de educación y beneficencia. No obstante, las leyes protectoras tardaron bastante en promulgarse, tenían un alcance geográfico y ocupacional limitado y no se aplicaron consecuentemente. Además, todas estas actividades perseguían objetivos ajenos a las madres y los niños en sí: la consolidación del Estado y del poder de los grupos interesados. Los funcionarios estatales, predominantemente masculinos, rivalizaban con grupos privados de beneficencia, predominantemente femeninos, por el control de las instituciones u órganos decisivos en asuntos de familia y educación. Así, la preocupación por los niños jugaba un rol

importante en el proceso de institucionalización estatal y de disciplinamiento social, pero a diferencia de otros grupos como las mujeres o los trabajadores, ellos no podían articular sus intereses y permanecían en la posición de meros objetos por su situación de minoridad.

El rol ambivalente adjudicado a los niños y jóvenes, es decir el de víctimas inocentes de crímenes y amoralidad por un lado y, por otro, el de una amenaza para el futuro de la sociedad derivada precisamente de su supuesta corrupción como resultado de su exposición a tales fenómenos nocivos, se vislumbra en todos los discursos políticos y sociales, así como en la práctica de las instituciones que debían decidir sobre el destino de los niños y los jóvenes. **Eugenia Rodríguez Sáenz** analiza esta ambivalencia trazando los cambios en la visión que las sociedades tenían de los jóvenes, manifestados en las leyes y los códigos penales. Haciendo hincapié en la perspectiva de género, describe la “invención” de los estereotipos de la delincuencia juvenil, sobre todo la femenina, observando los casos de abuso sexual tanto en su dimensión cuantitativa como cualitativa desde principios del siglo XIX hasta comienzos del XX. Las actas judiciales sobre crímenes de abuso sexual muestran como la noción “romántica” de la niñez suponía una inocencia general de los niños y niñas. Por esto, eran considerados siempre víctimas, aunque su exposición al crimen hubiera corrompido su inocencia. A partir de los doce años, con la sexualidad ya desarrollada, esta exposición convertía a las niñas en un peligro social, ya que se temía que pudieran contaminar a otros jóvenes, por lo cual pasaban a ser consideradas co-delincuentes. Como contrapartida del niño inocente nació la imagen del joven delincuente. Según los códigos de honor diferentes para los dos sexos, se trataba del ladrón en el caso de los varones y de la prostituta en el de las mujeres.

La cuestión de los niños afectados por la guerra y la violencia, el estatus jurídico de los menores y sus condiciones de vida y de salud no sólo preocuparon a los gobiernos, sino que a partir de la década de 1920 fueron también tema en los foros internacionales. Como nuestra **Eugenia Scarzanella**, tanto el Comité de Protección a la Infancia y el Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones como el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia sentaron en el periodo de entreguerras las bases sobre las cuales a partir de 1946 se edificaría el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). La labor de la primera de estas instituciones se concentró sobre todo en la discu-

sión y documentación de la situación de los niños marginales. La médica uruguaya Paulina Luisi intentó colocar en la agenda de ese organismo temas relevantes desde una perspectiva latinoamericana y feminista. Por otra parte, la actividad del Comité de Higiene con respecto a cuestiones relevantes para América Latina fue más destacada y se expresó en un estudio internacional sobre la mortalidad infantil, en el cual participaron Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, y en una investigación sobre la alimentación popular en Chile. Finalmente, el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia nació para ocuparse exclusivamente de los niños americanos. Desde una perspectiva continental, inició un estudio sobre la situación de los niños indígenas, el cual puso de manifiesto tanto los límites de la modernidad de América Latina como los prejuicios raciales de los expertos encargados de proporcionar los datos para su elaboración.

Como ya sucediera a fines del siglo XIX, también a lo largo del XX, la transformación de las estructuras socio-económicas tuvo efectos en las relaciones familiares. Lejos de desaparecer, las deficiencias e inseguridades de educación e integración económica y social de jóvenes y adolescentes siguen generando problemas para los cuales no es fácil encontrar soluciones satisfactorias. Mientras que los niños han sido considerados generalmente un objeto inocente digno de protección, los jóvenes, en cambio, suelen ser vistos como un problema social. Tanto más si pertenecen a un grupo con un trasfondo cultural diferente de la sociedad hegemónica, ya sea por pobreza, ya sea por provenir de una familia migrante, o por las dos cosas. En estos casos, casi siempre se adscribe a estos jóvenes una inclinación al crimen y/o se criminalizan sus acciones. **Silke Hensel** analiza este fenómeno en cuanto al caso de las pandillas de jóvenes mexicano-americanos a mediados del siglo XX y a la discusión que se desarrolló después de un crimen que se les adjudicó. En su trabajo muestra cómo en la visión estadounidense confluían percepciones sobre la cultura mexicana en general, sobre la resistencia de los migrantes a la asimilación cultural y sobre las diferencias intergeneracionales. A los mexicano-americanos también les preocupaba el problema, pero las soluciones que proponían eran otras, tanto para los padres como para los jóvenes, quienes empezaron a crear organizaciones sociales propias. Así, el debate sobre control de la juventud generó una rivalidad sobre el discurso cultural y el poder definitorio dentro de la sociedad esta-

dounidense en los años cuarenta –un proceso parecido al que vimos en la Argentina a principios del siglo, con la diferencia de que en este caso los jóvenes intentaban reaccionar y hacerse oír, si bien se trataba de una reacción dentro del sistema político-social establecido–.

De mucho mayor alcance fueron los reclamos que los jóvenes politizados expresaban en las décadas del sesenta y del setenta en varios países latinoamericanos y sobre todo en el Cono Sur. Y tanto más brutal fue la represión a la que fueron sometidos por la dictadura militar en Argentina. La desaparición forzada, la tortura, el asesinato y la sustracción de identidad de niños nacidos en cautiverio representan la culminación de las violaciones de los derechos humanos cometidas por ese régimen. Sin embargo, como expone **Estela Schindel**, esos crímenes fueron manifestaciones extremas pero no las únicas de una estrategia represiva de mucho mayor alcance, que tenía por objeto remodelar completamente la sociedad utilizando a niños y adolescentes como materia prima para ello. De esa estrategia formaron parte una serie de prácticas autoritarias desarrolladas en las escuelas, otros ámbitos públicos y hasta en los hogares. Pero la despolitización forzada, la persecución y la censura de las prácticas culturales autónomas, la escenificación de la juventud gimnasta en el marco del Campeonato Mundial de Fútbol (1978) y la representación estereotipada de la familia no pudieron evitar el surgimiento de nuevas formas de expresión y la construcción de una identidad colectiva propia por parte de los adolescentes a través, por ejemplo, de la resignificación de las peregrinaciones religiosas o la expansión del movimiento rock. Tanto los niños sustraídos que aún no han podido ser recuperados por sus familiares como los hijos de desaparecidos, que han constituido una organización propia, son hoy adultos. Ambos grupos condensan las secuelas del terrorismo de Estado y la capacidad de la sociedad argentina para sobreponerse al mismo, pero también las dificultades que quedan todavía por sortear para lograrlo.

Los menores desprotegidos de las grandes ciudades, que ya hacia 1900 eran percibidos con tanto recelo por las elites, siguen poblando hoy las calles de las metrópolis latinoamericanas y presentando un enigma para los habitantes que, acostumbrados al paisaje urbano, no parecen reparar en ellos. Frente a esta situación, **Alejandra Torres** destaca el libro fotográfico de Kent Klich y Elena Poniatowska como aporte a la visualización de la situación de los niños de la calle en la

ciudad de México. Allí se registran, con ojos de extranjero, historias que transcurren a cielo abierto y que en cada imagen interpelan a los espectadores/lectores. El fotógrafo se compromete con las vidas de los pequeños habitantes de la urbe y muestra su vulnerabilidad –las cicatrices, la droga, el sida– y su necesidad de contacto físico, aunque sea con los animales. Los textos de la escritora, quien acompañó al fotógrafo en su recorrido, se concentran en el abandono, la soledad y el desamparo. Las palabras completan las imágenes, introduciendo datos e informaciones, reflexiones propias de la autora y también la voz de los propios protagonistas. Por medio de esta obra, el sufrimiento de estos niños se vuelve visible y audible para el resto de la sociedad. Pero como ésta no parece ser capaz de dar una solución al problema, los niños están condenados a permanecer a la intemperie, intentando vivir según sus propias reglas.

A principios del siglo XXI el objeto predominantemente del discurso público sobre los menores en América Latina son los niños y jóvenes delincuentes, visualizados casi siempre como parte de los estratos pobres. La violencia juvenil, sus posibles causas y sus contradictorios sistemas de valor y relación social no preocupan solamente a políticos, sociólogos y padres, sino que además son un tema de interés intelectual y cultural. Esto se manifiesta en dos novelas recientes que, adaptadas como películas, llegaron tener éxito mundial: *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo y *Cidade de Deus* de Paulo Lins. **Horst Nitschack** analiza ambos textos y su adaptación filmada en el contexto del género del *Bildungsroman* de las literaturas europeas y americanas. Propia de este género es la caracterización del adolescente como representante de las contradicciones fundamentales de la condición humana o de los antagonismos sociales y sus consecuencias. Pero los protagonistas de hoy ya no son los jóvenes burgueses del *Bildungsroman* europeo sino que, en correspondencia con el desarrollo socio-económico de América Latina en las últimas décadas, pertenecen a las familias pobres de las grandes ciudades. La miseria y la violencia son, por consiguiente, el tema principal de los conflictos juveniles. Los jóvenes protagonistas son representados aquí como sujeto heroico y de gran autonomía personal, no obstante su pobreza e inclusión en la cultura de violencia que los rodea. Nitschack afirma que en estas novelas los jóvenes son representados como sujetos absolutos porque esa es la única manera que les permite afirmarse en este mun-

do de extrema hostilidad sin caer en el rol de la víctima o de una subordinación humillante. Las novelas muestran el mundo alternativo, hacen comprensible la cultura de estos jóvenes y denuncian la condición humana dentro de las grandes ciudades modernas en general. Con sus puestas en escena de actos de violencia y su estilo hiperbólico, estos textos desafían la racionalidad de discursos científicos (antropológicos o sociológicos) y morales sobre la violencia urbana y la implicación de los adolescentes en ella. Pero tampoco ofrecen ninguna solución, o solamente una solución negativa: la del pacto con esta violencia para poder actuar.

Planteada en estos términos, la visión que ofrecen estas ficciones no parece diferir de la situación real de muchos jóvenes marginados de fines del siglo XX, que ya no aceptan los valores y normas de la sociedad que los excluye y optan por formar un mundo propio. Tal es el caso de las “maras” centroamericanas analizadas por **Peter Peetz**. Las raíces de estas pandillas están en los grupos de jóvenes que migraron hacia Estados Unidos, lo que ha llevado a algunos analistas a considerarlos como un fenómeno (re-)importado, relegando la marginalización socio-económica de muchos jóvenes en las sociedades centroamericanas a un segundo plano. El problema de los orígenes de la delincuencia juvenil –¿resultado de la pobreza y falta de perspectivas o consecuencia de la falta de formación?– sigue en el centro de la discusión y los argumentos a favor de una posición u otra sólo han variado gradualmente a lo largo del tiempo. Pero más que esta cuestión, lo que hoy convoca a la reflexión es la ambivalencia, por no decir contradicción, de la ética que han desarrollado estas pandillas. Delincuencia, violencia y crueldad hacia fuera contrastan con la solidaridad y el rígido código de honor y jerarquía dentro del grupo. Cada grupo elabora además sus propios símbolos culturales que, en clara oposición a la estética hegemónica, intensifican la identidad comunitaria y el sentido de pertenencia de los miembros. Como afirma Peetz, las maras llenan el vacío que dejaron las familias, la sociedad y el Estado en cuanto sistemas de solidaridad, integración social y oportunidades de autorrealización. Tanto más preocupante resulta entonces la tendencia de los gobiernos centroamericanos a enfrentar el problema mediante la aplicación de leyes represivas que en varios casos contradicen la legislación internacional en materia de derechos humanos.

Esta cuestión que, si bien reconoce antecedentes más lejanos, no se convirtió en tema importante de la política internacional hasta la segunda mitad del siglo XX, es analizada por **Ruth Stanley** con respecto a la aplicación en varios países latinoamericanos de las disposiciones contenidas en la Convención sobre los Derechos del Niño (1989). Abandonando la perspectiva tradicional que veía en la infancia un objeto de asistencia y tutela y distanciándose del paradigma que asimilaba la criminalidad a la pobreza, la Convención consagra la protección integral de niños y jóvenes reconociendo al mismo tiempo que son sujetos de derecho. Pese a ello, quienes se ven involucrados en la realidad del sistema penal suelen no ser reconocidos en cuanto sujetos de derecho ni gozan de la protección especial que les corresponde por su edad. Si bien la Convención fue ratificada por todos los países latinoamericanos, muchos de ellos no han adecuado a ella su legislación, en tanto que en otros que sí lo hicieron, la nueva normativa no es más que letra muerta, de modo que, como muestran los casos de Argentina, Brasil y Venezuela, el sistema tutelar permanece vigente. A ello se agrega que los menores reclusos, que provienen en su gran mayoría de los estratos socioeconómicos más bajos, suelen ser sometidos a malos tratos y no reciben la educación que debería capacitarlos para integrarse en la sociedad y en mercado de trabajo luego de su internación. Si bien las prácticas penales discriminatorias no son exclusivas de los países latinoamericanos, en ellos la debilidad del Estado de derecho hace que la diferencia siempre existente entre la ley y la práctica sea mayor que en otros casos, en tanto que la profunda desigualdad social favorece la persistencia de comportamientos autoritarios y violentos. En ese contexto, el trato dado a los menores pobres por el aparato coercitivo no es percibido en su dimensión de violación de los derechos humanos sino como un problema de seguridad pública. Precisamente por eso, el esfuerzo que representa la Convención no es en vano: las normas internacionales pueden servir como punto de partida y tópico de reflexión que estimule la toma de conciencia en las diferentes sociedades.

Como se desprende de este breve panorama, las contribuciones reunidas en este volumen provienen de diferentes disciplinas: historia, sociología, ciencias políticas, crítica literaria y estudios culturales. Tal elección ha sido consciente y responde al convencimiento de que la cuestión de los niños y los jóvenes está situada “entre” la familia, la

sociedad y el Estado, y que, por lo tanto, no es exclusiva de una única área de conocimiento. Sólo una perspectiva multidisciplinaria que destaque los cambios y las continuidades de su evolución desde la fundación de los Estados independientes hasta el día de hoy permitirá dotarla de la visibilidad que merece tanto en el ámbito social como en la reflexión académica.

Bibliografía

- Arrom, Silvia (2000): *Containing the poor: The México City Poor House, 1774-1871*. Durham/London: Duke University Press.
- (1994): “La niñez en México e Hispanoamérica: rutas de exploración”. En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 41-72.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo (1994): “Los niños abandonados en la Casa de Niños Expósitos en la ciudad de México, 1767-1821”. En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 265-310.
- Barrán, José Pedro (1990): *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo 2: El disciplinamiento (1860-1920)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrantes, Osvaldo et al. (1997): “Liberalismo, políticas sociales y abandono infantil en Costa Rica (1890-1930)”. En: Rodríguez Sáenz, Eugenia (ed.): *Entre Silencios y Voces. Género e Historia en América Central (1750-1990)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, pp. 79-112.
- Bartell, Ernest/O'Donnell, Alejandro (2001) (ed.): *The Child in Latin America*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- Cardozo, Ruth C. L. (1984): “Creating Kinship: The Fostering of Children in Favela Families in Brazil”. En: Smith, Raymond T. (ed.): *Kinship Ideology and Practice in Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 196-203.
- Castro Carvajal, Beatriz (ed.) (1996): *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Cicerchia, Ricardo (1997): “Minors, Gender, and Family: The Discourses in the Court System of Traditional Buenos Aires.” En: *The History of the Family*, vol. 2, n° 3, pp. 331-346.
- (1998/2001): *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Troquel (2 vols.)
- Dean, Carolyn (2002): “Sketches of Childhood: Children in Colonial Andean Art and Society”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 3-20.
- Devoto, Fernando/Madero, Marta (eds.) (1999): *Historia da la vida privada en Argentina*. Buenos Aires/Madrid: Taurus (3 vols.).

- Freitas, Maracos Cezar de et al. (eds.) (1997): *História social de infância do Brasil*. São Paulo: Cortez.
- García Méndez, Emilio/Bianchi, María Del Carmen (1991) (eds.): *Ser niño en América Latina. De las necesidades a los derechos*. Buenos Aires: UNICRI/Editorial Galerna.
- García Méndez, Emilio/Salazar, María Cristina (1999) (eds.): *Nuevas perspectivas para erradicar el trabajo infantil en América Latina. Seminario regional post-Oslo*. Santafé de Bogotá: UNICEF/Tercer Mundo.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.) (1994): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar et al. (ed.) (1991): *Familias Novohispanas. Siglos XVI al XIX*. México D.F.: El Colegio de México.
- González, Ondina E. (2002): "Down and Out in Havana: Foundlings in Eighteenth-Century Cuba". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 102-113.
- Grosman, Cecilia P. (1994): "Los derechos del niño en la familia". En: Wainerman, Catalina H. (ed.): *Vivir en familia*. Buenos Aires: Losada, pp. 73-114.
- Guy, Donna J. (2002): "The State, the Family, and Marginal Children in Latin America". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 139-164.
- Hecht, Tobias (2002): "Children and Contemporary Latin America". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 242-250.
- Lavrin, Asunción (1991): "La niñez en México e Hispanoamérica: rutas de exploración". En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 41-72.
- Lipsett-Rivera, Sonya (2002): "Model Children and Models for Children in Early Mexico". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 21-51.
- (ed.) (1998): "Children in the History of Latin America". Special Issue of the *Journal of Family History. Studies in Family, Kindship and Demographie*, 23, p. 3.
- Malvido Miranda, Elsa (1980): "El abandono de los hijos, una forma de control de tamaño de la familia y del trabajo indígena, Tula 1683-1730". En: *Historia Mexicana*, 29, 4, pp. 521-61.
- Marcílio, Maria Luiza (1993): "A Irmandade da Santa Casa de Misericórdia e a assistência a criança abandonada na história do Brasil". En: Marcílio, Maria Luiza (ed.): *Familia, mulher, sexualidade e Igreja na história do Brasil*. São Paulo: Edições Loyola, pp. 149-156.
- (1994): "Abandonados y expósitos en la historia de Brasil. Un proyecto interdisciplinario de investigación". En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 311-326.
- (1998a): *História social da criança abandonada*. São Paulo: Hucitec.

- (1998b): “A etnodemografia da criança abandonada na História do Brasil: séculos 18 e 19”. En: *Latin American Population History Bulletin*, 28, pp. 2-11.
- Mesquita Samara, Eni de (1997): “O papel do agregado na região de Itu, 1798-1830”. En: *Coleção Museu Paulista* (Serie de Historia), 6, pp. 1-105.
- Molloy, Sylvia (1996): *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, José Luis (2004): *Historia de la familia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Muñoz, Cecilia/Pachón, Ximena (1995): “Las niñas a principios de siglo”. En: Velásquez Toro, Magdalena: *Las mujeres en la historia de Colombia*. Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social / Editorial Norma, vol. 2, pp. 424-453.
- Novais, Fernando A. (ed.) (1997/98): *História da vida privada no Brasil*. São Paulo: Editora Schwarcz, Companhia de Letras (4 vols.).
- Peterson, Anna L./Almere Read, Kay (2002): “Victims, Heroes, Enemies: Children in Central American Wars”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 215-231.
- Post, David (2001): *Children's Work, Schooling, and Welfare in Latin America*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Premo, Bianca (2002): “Minor Offenses: Youth, Crime, and Law in Eighteenth-Century Lima”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 114-138.
- Rizzini, Irene (2002): “The Child-Saving Movement in Brazil: Ideology in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 165-180.
- Salinas Meza, René (1991): “Orphans and Family Disintegration in Chile: The Mortality of Abandoned Children, 1750-1930”. En: *Journal of Family History*, 16, 3, pp. 315-329.
- Scarzanella, Eugenia (2001): “Proteger a las mujeres y los niños. El internacionalismo humanitario de la Sociedad de las Naciones y las delegadas sudamericanas”. En: Potthast, Barbara/Scarzanella, Eugenia (eds.): *Mujeres y naciones en América Latina*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, pp. 205-222.
- Szuchman, Mark (1990): “Childhood Education and Politics in Nineteenth Century Argentina: The Case of Buenos Aires”. En: *Hispanic American Historical Review*, 70, 1, pp. 109-138.
- Vaughan, Mary K. (1982): *The State, Education, and Social Class in México, 1880-1920*. Dekalb: Northern Illinois University Press.
- Vázquez, Josefina (1975): *Racionalismo y educación en México*. México D.F.: El Colegio de México.